

Tesis aventureras para un *Pousse-café*

JAIME ABELLO BANFI

Cartagena, agosto 4 de 2006

CUANDO HACE TRES MESES RECIBÍ UNA LLAMADA DE ADOLFO MEISEL para invitarme a dar esta charla de la hora del almuerzo, que debe tener la dulzura y ligereza de un buen postre, para compensar los sesudos y a veces áridos debates académicos del resto de la programación, acepté porque en ese momento pensé que era un tema relativamente inédito en esta región.

La suerte me jugó una mala pasada, pues en este lapso se han publicado dos informes que tuvieron mucha difusión en los medios, y que generaron reacciones encontradas, la mayoría de ellas irónicas, como se podría deducir de un titular del diario *El Tiempo* del sábado pasado, que es un verdadero inductor a la ciclotimia colectiva: “Colombia cayó 32 puestos en el ranking de la felicidad. Apenas 15 días después de ser declarado el segundo país más feliz, otra lista nos pone de 34. ¿En dónde vive la felicidad?”

El tema ha dado mucho que hablar en varias de las redes de Internet a las que estoy suscrito por voluntad propia o por tolerancia a la invasión a mi intimidad, pero las conversaciones *on-line* claramente han oscilado entre el escepticismo y la banalidad. Aunque pienso que todo ello contribuye a quitarle suspenso a mi presentación, no pienso declararme infeliz por haber perdido la primicia del tema Caribe y felicidad, y estoy aquí para compartir con ustedes algunas anécdotas e ideas, algo así como unas tesis aventureras para el *pousse-café*, con la esperanza de que generen más comentarios de los que tuvo la charla de mi antecesor de ayer, el respetado presidente López.

Empezaré con la historia de mi acercamiento al tema. Era el 8 de diciembre de 2001 y estaba en mi cama, agotado y enfermo después de un periplo de *fundraising* de 10 días por Nueva York, Boston y Washington. La noche anterior había llegado directamente desde el aeropuerto a la fiesta de velitas con la que León Caridi inauguraba la nueva Casa del Carnaval en Barranquilla. Como buen barranquillero había rematado comiendo chicharrón en La Tiendecita a las 6 de la mañana.

La combinación de ese *tour de force*, la falta de sueño, el alcohol y los lípidos de chanco en la madrugada fueron superiores a mis fuerzas. Enfermo de gripa, por las defensas bajas, ví una nota en una página interior de *El Tiempo* que se preguntaba con evidente escepticismo: “¿Colombia, el país más feliz del mundo?” La noticia hablaba del extraño estudio de un científico social holandés que pretendía establecer un escalafón de la felicidad con indicadores para 82 países del mundo. Un par de días después recibí un ejemplar de la revista dominical de *The New York Times*, un número monográfico del 9 de diciembre del 2001, titulado “El año en ideas: de la A a la Z”. La información mencionaba el mismo estudio y trataba de explicar que quizá Colombia, asolada por la guerra, era más feliz que otros países porque la disposición cultural y no sólo la prosperidad eran lo que contaba para que sus ciudadanos vieran el vaso medio lleno y no medio vacío. Recuerdo perfectamente lo que pensé después de leer el *New York Times*, “Me siento enfermo y jodido, pero estoy en el país más feliz del mundo. Sin duda Barranquilla es la ciudad más feliz de Colombia y, por lo tanto, estoy en la ciudad más feliz del mundo”. La constatación tuvo un efecto terapéutico inmediato y me levanté enseguida a gozar la vida.

Indagando más me enteré de que el responsable del *World Database of Happiness* era el investigador social holandés Ruut Veenhoven, profesor de la Universidad Erasmus de Rotterdam y editor de una revista científica nada *light* que se llama *Journal of Happiness Studies*. Veenhoven ha pasado años haciendo encuestas en distintas partes del mundo, preguntándole a la gente cosas como: “¿Considerados todos los aspectos, cuán satisfecho se siente usted de su vida como un todo?”, o “¿durante las últimas semanas se sintió usted en algún momento como lo máximo del mundo (*on the top of the world*)?”. En términos de Veenhoven la felicidad es entendida como la apreciación subjetiva de la vida como un todo. El proyecto recoge publicaciones científicas sobre la felicidad alrededor del mundo, y selecciona los estudios empíricos que miden la felicidad con una metodología adecuada. Los datos se recopilan en un inventario mundial por naciones que correlaciona las características de la gente feliz. Con un conjunto de indicadores arma unas tablas verdaderamente enigmáticas, que se pueden consultar en la Internet y que se resumen en calificaciones de 1 a 10. El evidente rigor científico de su aproximación al tema no alcanza a compensar el hecho de que el éxito de la problemática y mal afamada Colombia como el país más feliz de su ranking por varios años ha contribuido poco a la credibilidad de sus investigaciones.

A fines de 2004 la revista *Cambio* dedicó un número al tema, porque una vez más los colombianos habíamos sido los primeros en el ranking del *World*

Database of Happiness, seguidos por los suizos. *Cambio* encargó a la firma D-*texco* un estudio complementario, con encuestas en distintas regiones del país, que permitieron establecer que los costeños éramos los más felices y que en la escala del 1 al 10 el grado de felicidad de los barranquilleros era de 8,56 frente a 7,98 en Bogotá. Encontrar mi intuición ratificada por las encuestas me animó a averiguar un poco más del tema, aunque yo no fuera un economista.

El hecho es que he encontrado un campo científico, a caballo entre la psicología y la economía, en plena expansión teórica e investigativa. Por ello el año pasado la *Royal Institution* le dedicó en su venerable sede de Londres la serie de conferencias de verano que mantiene desde hace más de 200 años, con el título de: “Felicidad, la ciencia detrás de su sonrisa”. Así lo registra el *Sunday Times* para señalar que la felicidad finalmente había salido del closet académico con más de 3.000 papers publicados en los últimos años. De seguro que los ponentes enfatizaron en la valoración subjetiva de la felicidad, algo sobre lo que hay un cierto consenso, relacionaron economía, felicidad e instituciones, tema recurrente en la literatura académica y recordaron que en 1972, el rey de Bután, Jigme Singye Wangchuck, fue pionero en adoptar la felicidad nacional bruta como visión unificadora e indicador de su plan quinquenal de desarrollo, en un contexto cultural basado en los valores espirituales del budismo.

Por los mismos días de esas conferencias, un economista y un psiquiatra debatieron públicamente en la *London School of Economics* sobre política y la felicidad. Mientras tanto, el fantasma de Jeremy Bentham de seguro se reía irónico, flotando sobre su antiguo envoltorio corporal, que embalsamado sigue presidiendo los consejos académicos del *University College of London*. Todos ustedes saben que el padre del utilitarismo organizó los postulados de su economía política, su ética y su filosofía social y jurídica, alrededor de la búsqueda de maximizar el placer y minimizar el dolor para obtener la máxima felicidad individual para todos.

La creciente frecuencia y la variedad de perspectivas de la investigación con la que psicólogos, economistas y otros científicos sociales se ocupan del tema, hacen previsible que en los próximos años surjan nuevos rankings, mapas e índices de felicidad para agregarle incertidumbre a esta ciencia de lo intangible. Este año, como decía al principio, se publicaron dos informes con resultados completamente divergentes. El Índice del Planeta Feliz de la *New Economic Foundation* puso a Colombia de segunda después Vanuatu, una nación que es un archipiélago del Pacífico sur, cuyo primer idioma oficial es el bislama, y de

la cual la corrupción y los desastres naturales son los hechos que habían justificado sus escasas previas menciones en la prensa internacional. El Índice del Planeta Feliz se basa en la fórmula de bienestar por esperanza de vida dividido entre impacto ecológico. Francamente no sé si es el numeral o el divisor lo que explica el misterio de nuestro continuo éxito como país feliz.

Ya sabemos que el orgullo de este buen posicionamiento se nos vino abajo con el primer mapa mundial de la felicidad de la Universidad de Leicester que nos puso de 34°, en la perspectiva de combinar los análisis hechos en 178 países sobre factores como salud, riqueza y educación.

La proliferación de *papers* y la creciente ansiedad por dominar con parámetros objetivos este misterioso bien subjetivo de la felicidad, me advierten de la confusión que podría generar una verdadera pandemia profesional de lo que Schopenhauer, haciendo referencia a la *endemonia* de Aristóteles, bautizó como eudemonología, es decir, el estudio de la felicidad. Como quien dice, estamos en peligro de un *pandemonium*.

Sin embargo, la probabilidad paradójica, pero no muy remota, de que la región Caribe, en el contexto de Colombia, pueda ser evaluada como una de las regiones más felices de la Tierra, pese a la pobreza, la corrupción y el paramilitarismo, nos deben llevar a pensar que es un campo que merece las primeras investigaciones entre nosotros.

Para animar el debate les voy a dejar unas tesis aventureras:

La primera es que es posible que los costeños sí seamos más felices, aunque no hayamos desarrollado el material probatorio para demostrar el liderazgo nacional de un sentimiento colectivo que nuestro amigo Alejandro Gaviria, tachó de indigno en su artículo de *El Espectador* hace tres semanas, al sugerir que la supuesta felicidad de los colombianos podría ser el sometimiento de los espíritus a la exclusión.

Algunas pistas para seguir una investigación más seria que esta charla de *pousse-café*, con miras a corroborar esta tesis son:

1. Los datos de la ya citada encuesta de *Cambio*.
2. Los indicadores de salud mental: si se revisan estudios epidemiológicos, encontramos, por ejemplo, un estudio neuroepidemiológico nacional de 2003 (*Revista Panamericana de la Salud*, 14 (2) 2003) que muestra que la prevalencia de la migraña en la región Caribe es la menor de todas las regiones de Colombia y, que en general, la incidencia de este tipo de enfermedades es relativamente menor, en comparación con otras

regiones. El único caso de enfermedad cerebral con prevalencia fue el de las secuelas del traumatismo craneoencefálico.

3. La inteligencia emocional: de acuerdo con el estudio “Habilidades de toma de perspectiva conceptual en niños de 3 a 6 años pertenecientes a sectores en desventaja socioeconómica en Colombia costa norte colombiana” desarrollado por el Centro de Investigaciones en Desarrollo Humano, CIDHUM, de Uninorte y publicado en la *Revista Latinoamericana de Psicología* en 1998, Volumen 30, No. 2 pags. 311-336, podemos deducir que la toma de perspectiva emocional fue más favorable que la cognitiva. Esto es, la evidencia demuestra que los niños en edad preescolar de la muestra de sectores en desventaja socio económica del Caribe colombiano tienen una baja capacidad para la toma de perspectiva cognoscitiva, hipótesis esperada dadas las características de los medios sociales de donde provienen estos niños, pero en cambio resultó muy positivo dentro de las evidencias encontradas que estos mismos niños reportaron una toma de perspectiva emocional mucho más favorable, lo que significa que las variables emocionales y afectivas se logran preservar y mantener mejor en los esquemas de perspectiva conceptual. Mejor dicho, estos niños compensan con superávit de inteligencia emocional las secuelas mentales de la pobreza.

En todo caso, cualquier hipótesis de explicación debería examinar el factor cultural enraizado en la historia: el Caribe colombiano es una región cuya cultura y composición étnica surgen de la mezcla entre la población aborigen, los colonizadores -provenientes en su mayoría del sur de España- y el acento distintivo de una fuerte influencia africana que le pone sabor y color a la vida. Sin que esto signifique exaltar la tesis del buen salvaje, es preciso mencionar que se trata de una región extensa, en la que coexistían desde la época colonial grandes haciendas ganaderas de latifundio con pequeñas poblaciones campesinas difíciles de controlar y de hacer vivir según la recta moral –fuente tradicional de culpa e infelicidad-. El cimarronismo de los esclavos fugados, la desobediencia a las normas sobre separación de razas, el concubinato, la trasgresión del celibato sacerdotal, eran los síntomas de un desorden social conocido en la Colonia como *arrochelados*, grupos considerados en estado de relajación e indecencia, contra los cuales constan en distintos documentos las quejas de obispos y jerarcas coloniales establecidos en las ciudades de Cartagena y Santa Marta.

Es cierto que la pobreza y la desigualdad de ingresos, han caracterizado la región. Sin embargo, las carencias materiales y la injusticia social se contrarrestan con una actitud positiva no exenta de una dosis de melancolía, y un cierto espíritu libertario e igualitario que están en la base psicosocial de una cultura popular de gran dignidad, sobre la cual Gabriel García Márquez me dijo en una ocasión que era la verdadera fuente de inspiración de su obra literaria. Para escandalizar más, no puedo dejar de testimoniar, como carnavalero activo, que ricos y pobres y los de la mitad comparten en nuestros carnavales del Caribe la alegría, la danza y la rumba en un paréntesis que desestratifica la vida social y minimiza la exclusión.

Eso me lleva a otra tesis aventurera, que formulo en forma de preguntas: ¿Pese a que Alejandro Gaviria nos recuerde que Tocqueville señaló una correlación diabólica entre felicidad y falta de movilidad social no será mejor tenerla que carecer de ella? ¿Realmente tenemos que escoger entre felicidad y desarrollo? ¿Para qué sirve socialmente la felicidad?

No descarto que un análisis más a fondo, que combine las herramientas conceptuales de las ciencias sociales y la filosofía, pueda mostrarnos que esa vivencia de felicidad alcanza a disfrazar realmente una especie de renuncia a asumir los problemas, algo así como la negación de los informados y el conformismo de los desinformados.

Sin embargo, vale la pena promover la investigación y el debate sobre lo que presiento que, más que un mal social, pudiera servir de catalizador de capital social constructivo. El estudio de la manera como los del Caribe asumimos la percepción y la búsqueda de la felicidad y de cuál podría ser su potencial de contribución a la búsqueda de una sociedad más productiva, justa e incluyente, bien podría incluirse como uno de los activos sociales para ser considerados en la agenda del estudio de desarrollo humano que proyecta hacer el PNUD en alianza con organizaciones públicas y privadas, como el Observatorio del Caribe, con la coordinación de Weilder Guerra.

Para concluir, amigos, cada día encuentro pequeñas pruebas de que la mayoría de nosotros hemos optado por la capacidad de aguante, para asumir con buen humor la búsqueda de la felicidad y la prosperidad en los intersticios más amables y prometedores de un entorno que sufre las enfermedades sociales típicas de cualquier país latinoamericano. Tengo la esperanza de que esta actitud vitalista y generosa, que se nutre de una cultura popular victoriosa, sirva para impulsar el cambio de conciencia que nos permita superar definitivamente la tragedia cotidiana de la violencia, la desigualdad, la pobreza, la injusticia y la corrupción.